

## Capítulo uno

El reloj del comedor se detuvo hace tres meses. Clara no lo volvió a dar cuerda. Era de péndulo corto, de madera oscura, heredado de su madre. Marcaba siempre las 4:17, una hora sin historia, pero que ahora parecía el corazón congelado del tiempo en su casa. Cada vez que pasaba frente a él, sentía una presencia muda, un recordatorio de lo suspendido que estaba todo desde que él ya no ocupaba su lugar en la mesa del desayuno, ni dejaba su taza a medio tomar junto a la ventana.

Esa mañana Clara despertó antes del amanecer. No por un ruido, ni por una pesadilla. Solo abrió los ojos y supo que debía levantarse. Estiró el brazo hacia el otro lado de la cama y rozó la almohada vacía. No le dolía como al principio. Ya no lloraba al despertar. Pero había algo en la textura del silencio que le recordaba, con una fidelidad amarga, que él no estaba.

Se puso la bata de lana. Caminó en calcetines por el pasillo. La casa entera aún dormía. Desde la cocina llegaba el leve olor a madera antigua y limón seco. El florero estaba vacío. Las gardenias se habían marchitado hacía días, pero no las había tirado. El color amarillento de los pétalos le hablaba más que cualquier flor nueva. Había una especie de consuelo en la decadencia.

Preparó té sin prisa. El agua tardó en hervir. El silbido de la tetera la hizo volver a sí. Vertió el agua con cuidado. Las hojas flotaron antes de asentarse en el fondo. Se sentó en la mesa sin abrir el celular. Desde ahí se veía el jardín: una figura borrosa detrás del vidrio empañado. Era temprano.

04

Para quienes aman en silencio.  
Para quienes han perdido y aún así siguen  
mirando el cielo.  
Y para ti, que encontraste este libro en el  
momento justo.

01

Los ecos del silencio  
© 2025 Editorial Palabra Abierta.  
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso previo y por escrito de la editorial.

Primera edición, junio de 2025  
Diseño editorial: Palabra Abierta  
ISBN: 978-0-0000-0000-0 (ficticio)

Impreso en México  
Hecho en papel reciclado

Para más información:  
[www.palabraabiertaeditorial.com](http://www.palabraabiertaeditorial.com)

Clara no durmió de inmediato. Permaneció recostada mirando el techo apenas iluminado por la luz de la calle filtrada por las cortinas. En la penumbra, su mente comenzó a tejer imágenes: la forma en que él sostenía el cuchillo al cortar fruta, el sonido de su risa en una sala llena, las veces en que le acarició la espalda sin decir nada, justo cuando ella más lo necesitaba.

Había algo dulce en recordar sin dolor. Algo que se parecía a la paz, o al menos a una tregua.

Se levantó antes del amanecer, una vez más. Esta vez fue al estudio con otra intención. Llevaba la carta que escribió la noche anterior y una cinta dorada que había encontrado entre sus cosas. Enrolló la carta cuidadosamente y la ató. La colocó en un frasco vacío que antes contenía flores secas. Lo tapó, y lo dejó en la repisa más alta, junto al portarretrato que nunca se animó a quitar.

Luego tomó una hoja en blanco. Escribió:

“Los silencios también hablan. Y a veces, dicen más que las palabras.”

Esa frase no era de él, ni de algún libro. Era suya. Su manera de nombrar la forma en que aprendió a estar sola sin sentirse abandonada.

El resto del día fue como una música tenue. Limpió el

El cielo aún no sabía si amanecer.

Después del segundo sorbo, Clara fue al estudio.

Había evitado ese cuarto durante semanas. Ahí estaba el piano. Y el atril. Y la libreta de partituras que él había usado los últimos días antes de enfermarse. No tenían hijos. No dejaron mensajes de voz. Solo esas partituras a lápiz: renglones a medio trazar, silencios marcados, pausas donde debía haber notas.

Se sentó. Retiró el paño blanco con el que lo había cubierto. Pasó la mano por las teclas. El polvo era más delgado de lo que esperaba, como si el tiempo se hubiera posado con delicadeza. Tocó una nota. Luego otra. Al principio, cada sonido parecía salido de otra casa, otra vida. Pero pronto comenzó a encajenar tonos, sin pensar en acordes. Solo dejar que el cuerpo recordara.

Cada nota era como una memoria líquida.

Él entrando con una bolsa de pan caliente.

Él cruzando la sala con un libro abierto en las manos.

Él durmiendo con la boca apenas entreabierta.

Clara no tocaba por nostalgia. No quería volver.

Quería comprender. El amor no se había ido. Solo se había transformado en otra cosa, más quieta, más grave. No era fuego ni diálogo. Era música sin letra. Era aroma sin flor.

Cuando terminó, dejó las manos sobre las teclas. Las yemas temblaban levemente. Miró al techo. El cielo ya era claro. El jardín parecía otro, y sin embargo no había cambiado. Se sintió cansada. No triste, solo cansada. Como si la música la hubiera vaciado un poco, limpiado algo por dentro.

Fue al closet del cuarto. Buscó entre cajas. Encontró la vieja cámara analógica que él usaba. Tenía el cuero rasgado y aún olía a sus manos. Clara tomó la cámara, salió al patio. Apuntó al árbol sin hojas, al banco de piedra, al rincón donde siempre crecían las violetas. No apretó el obturador. No hizo clic. Solo miró. Como quien intenta volver a ver algo con los ojos de otro.

Volvió a entrar. Subió al desván. No lo hacía desde el año anterior. La escalera crujió como si también tuviera algo que decir. Allá arriba estaba todo: fotos viejas, ropa en cajas, libros con dedicatorias y cartas sin fecha. Abrió un álbum. En una de las fotos, aparecían ambos en la playa. Él la abrazaba por la espalda. Su cabeza apoyada en su hombro. Ninguno miraba a la cámara.

Abajo, el viento comenzó a moverse. Las ramas chocaban entre sí. Clara bajó con cuidado. Encendió una vela sobre la mesa. Dejó la foto junto a ella. No para encender un altar, sino para no olvidar ese instante, esa risa que ya no se oía pero que de algún modo seguía vibrando.

Esa tarde, preparó pan. Como él lo hacía. Harina, agua, sal. Manos en la masa, sin prisa. Mientras el pan subía, escribió una carta. No como las otras. Esta vez sin culpa, sin clamor.

Solo escribió:

“Hoy no sentí dolor.  
Hoy no me pesaste como otras veces.  
Estás aquí, pero ya no te busco.  
Y sin embargo, te encuentro.  
En la música. En la gardenia.  
En el pan caliente que aún no se ha roto.”

Firmó con su nombre. La dejó sobre el atril del piano, entre la última partitura y un papel en blanco.

Esa noche, dejó abierta la ventana del cuarto. El viento entró con el aroma leve de tierra húmeda. Apagó la vela. Se recostó. Escuchó cómo la casa crujía suavemente, cómo los sonidos nocturnos se mezclaban con los ecos del día.

No tenía miedo. Ya no. Porque el silencio ya no era ausencia. Era compañía. Era la forma más limpia de seguir amando.

casete etiquetado con su nombre. Dudó un momento, luego lo puso a reproducir. Una voz, su voz, leía un poema que él le escribió una vez. Lo había olvidado por completo.

La voz sonaba joven, dulce, tímida. Decía:

“La luz entra por tu espalda  
cuando no me ves  
y yo pienso que el mundo es justo  
porque tú existes”

Clara no lloró. Cerró los ojos. Dejó que el poema la envolviera. Se sintió abrazada por una versión de sí misma que aún no sabía todo lo que aprendería a perder.

La tarde siguiente fue al pueblo vecino. Caminó por el mercado, luego por el muelle. Miró a las gaviotas recortarse contra el cielo gris. El viento le despeinaba el cabello. Pensó en él. No como ausencia, sino como presencia invisible, como esa línea del horizonte que siempre está aunque no la toques.

Compró una libreta nueva. En la primera página escribió:

“Todo está volviendo a crecer.  
De forma más lenta, más honesta.  
Y yo también.”

Cada día dejaba una pequeña nota dentro de un cajón. Algunas eran recuerdos. Otras, deseos. Una decía: “Volver a pintar”. Otra: “Aprender a vivir sin miedo a los

estudio, acomodó los papeles sueltos, cambió el florero vacío por una rama seca que encontró en el jardín. No necesitaba color, solo forma. Ordenó los libros sin intención de leerlos. Uno por uno, los tocó, como saludando a viejos conocidos.

Más tarde, fue al mercado. No había salido sola en semanas. Caminó despacio, sin audífonos, sin prisa. Miró los puestos como si nunca antes hubiera estado allí. Las mandarinas, los higos, las flores envueltas en papel de periódico. El mundo seguía su curso, con o sin ella. Y eso, de algún modo, la consolaba.

Una mujer mayor le ofreció jazmines. Clara aceptó. No por costumbre, sino porque ese día necesitaba un aroma nuevo. Pagó, agradeció, y continuó caminando.

Ya en casa, colocó los jazmines junto al piano. El contraste entre lo fresco y lo viejo le pareció bello. Como si el presente y el pasado pudieran convivir sin desentonar.

Por la tarde, escribió en su diario.

“Hoy volví a la calle. No por necesidad, sino por impulso. El mundo es menos hostil cuando no lo temo. La música vuelve, muy lentamente. A veces, una sola nota puede traerlo todo de vuelta.”

Esa noche, cuando la luz del atardecer tiñó la sala de

tonos ámbar, Clara encendió una vela nueva. No por nostalgia. Por ceremonia. Quería darle a ese día un cierre digno, como si se tratara de una obra delicada.

Se sirvió un poco de vino. No brindó. Solo lo sostuvo entre las manos. Miró a través de la ventana. La calle se llenaba de sombras largas y luces cálidas. En ese instante, comprendió que su vida no tenía que volver a ser lo que fue. Podía ser otra. Más sencilla. Más suya.

Y cuando finalmente se acostó, dejó la carta que escribió en el atril y abrió una nueva libreta. En la primera página, escribió sin pensarlo:

“Hay ausencias que no se superan. Se habitan. Y en ese habitar silencioso, aprendemos a ser nuestras.”

Las hojas del árbol del patio comenzaron a caer con más frecuencia. Era ya casi otoño, y Clara lo notaba en la forma en que el sol se inclinaba sobre los muros y en el crujido seco que hacían sus pasos al salir con las pantuflas puestas a recoger lo que el viento dejaba detrás.

No se apresuraba a barrer. Las hojas esparcidas eran como pensamientos que se iban posando sin ruido. Algunas las recogía para guardarlas entre las páginas de los libros. No sabía por qué. Tal vez era una forma de no dejar morir del todo lo que había sido hermoso.

Un día, subió nuevamente al desván. Esta vez llevaba una caja vacía y el deseo de crear un rincón para la memoria. No como un santuario, sino como un refugio. Escogió objetos con calma: una bufanda gris de lana que aún oía a lavanda, una carta sin enviar, una pipa que él nunca usó pero que le gustaba tener en el bolsillo. Todo lo acomodó con cuidado. Al final, cerró la caja, le puso una etiqueta que decía: “Cosas que me siguen hablando”.

Bajó. Respiró hondo. Sintió que no pesaba más. O quizás, que había aprendido a sostener ese peso con otra postura.

Esa semana encontró una grabadora antigua en la sala. La conectó. Funcionaba. Dentro había un

Esa noche, al volver a la habitación, Clara encendió una pequeña lámpara y escribió durante horas. No sabía qué salía de su mano. Era como si alguien más dictara las palabras. Escribía sobre la ausencia, sobre el cuerpo, sobre el silencio y la ternura que deja una despedida hecha con respeto.

Cuando paró, tenía siete hojas llenas. No quiso leerlas. Las dejó bajo el florero con jazmines secos. Mañana, tal vez.

Al día siguiente, recibió una carta. No escrita a mano, sino impresa. Venía de una vieja amiga con la que no hablaba desde hacía años. Decía pocas cosas, pero cada frase parecía llegar justo en el momento adecuado.

“A veces pienso que nos rompimos todas al mismo tiempo y cada una se fue recogiendo sola sin saber que podíamos volvernos a encontrar cuando quisiéramos.”

Clara leyó la carta varias veces. Luego la guardó en su diario. Ese día cocinó para dos. No porque alguien más fuera a venir, sino porque algo dentro de ella había empezado a tener hambre de compañía. Puso la mesa con cuidado. Encendió dos velas. Se sirvió dos porciones. La segunda quedó intacta, pero eso no

domingos”. Otra más: “El amor no se acaba, solo cambia de idioma”.

Una noche, Clara tomó uno de sus abrigos y salió al jardín. Se sentó en el banco de piedra con una manta sobre las piernas. Desde allí se veían las estrellas, aunque algunas estaban cubiertas por nubes bajas. Aun así, decidió hablar en voz baja. Como si él estuviera al lado.

No pidió nada. Solo dijo:

“Estoy bien.

No feliz. Pero viva.

Y eso ya es bastante.”

Se quedó en silencio. El aire era fresco. Todo olía a tierra, a hojas mojadas. En ese instante, un recuerdo volvió como una ráfaga: la vez que él le cantó bajito, desafinado, mientras lavaban los platos. Ella había fingido molesta, pero por dentro, reía.

Clara sonrió. Fue una sonrisa real, sin peso, sin nostalgia punzante. Se levantó. Volvió adentro. Encendió el piano. Esta vez, no improvisó. Tocó una pieza que ambos amaban. A veces erraba notas. A veces no. Pero al terminar, sintió que algo se había cerrado con ternura.

Esa noche, encendió una vela distintiva. Azul. Fragancia de salvia. Se sentó frente a la libreta. Escribió:

“Hoy fue un día hermoso.  
No porque pasó algo especial,  
sino porque lo viví sin miedo de que me doliera.  
Y eso, después de tanto,  
se siente como empezar de nuevo.”

Al día siguiente, despertó con una idea. Salió a comprar pintura. Colores suaves: gris cálido, verde musgo, rosa antiguo. Eligió pinceles finos. Extendió una tela sobre la mesa y comenzó a trazar. No un retrato. No una escena concreta. Pintó líneas curvas, sombras de hojas, fragmentos de ventanas y pequeños círculos dorados. Pintó el silencio.

Cuando terminó, no necesitó firmarlo. Supo que esa obra era solo para ella. No para mostrarla, sino para recordarse que todavía sabía crear belleza desde la pérdida.

Y por primera vez en mucho tiempo, Clara preparó dos tazas de té. Dejó una frente a la ventana, al lado de la suya. No por costumbre, ni por locura. Sino como un ritual íntimo. Como un puente invisible entre su vida de antes y la que ahora aprendía a habitar.

El reloj del comedor seguía detenido. Pero esa tarde, Clara no lo miró. Ya no le importaba la hora. Porque algo dentro de ella, sin hacer ruido, había empezado a moverse de nuevo.

Pasaron algunos días sin sobresaltos. El tiempo tenía una forma distinta de transcurrir en la casa desde que Clara había comenzado a observarlo, no como enemigo, sino como un visitante que podía quedarse un poco si traía algo de calma.

La lluvia volvió una tarde. Silenciosa al principio. Luego con más fuerza. Clara no se molestó en cerrar las ventanas. Dejó que el aire fresco y el aroma a tierra mojada entraran sin permiso. Se sentó frente a la puerta con una manta sobre los hombros. El agua golpeaba las baldosas del patio con un ritmo que le recordaba los latidos de un corazón que vuelve a confiar.

Tenía entre las manos una hoja de papel doblada en cuatro. Era un poema que él había escrito años atrás y que ella había guardado en un libro de botánica sin darse cuenta. No decía mucho. O quizás sí.

“Si me vas a buscar,  
hazlo donde no me esperes.  
En el olor de las cosas quietas.  
En lo que no vuelve,  
pero insiste.”

Lo leyó en voz alta. Una vez. Luego otra. Como si al repetirlo se abriera una puerta invisible que le permitiera escucharlo de nuevo a él, no como eco, sino como presencia tenue.

por todo lo que me diste  
incluso por el silencio  
porque aprendí a vivir dentro de él  
y a encontrarme.”

La dobló, la sostuvo un momento entre las manos y luego la dejó ir. El papel flotó sobre el agua, girando como una pequeña promesa. No lloró. Solo observó cómo se alejaba, tranquila, como si supiera a dónde iba.

De regreso a casa, notó que algo había cambiado. No el mundo. Ella.

La luz entraba distinta por la ventana del comedor. El reloj seguía detenido, pero ya no era un símbolo de pausa, sino de elección. El tiempo pasaba igual, aunque una ya no le temiera.

Esa noche, Clara volvió a encender el piano. Tocó una melodía sin nombre. Dejó que los dedos fluyeran. Era imperfecta, tibia, sincera. Y cuando terminó, por primera vez en mucho tiempo, se sintió entera.

Miró por la ventana. El cielo estaba limpio. Las estrellas brillaban pequeñas, lejanas, pero presentes. Como los ecos que quedan cuando el amor ha pasado... pero ha dejado raíces.

Y Clara, por fin, sonrió.

No con nostalgia.

Sino con vida.

importaba. Lo simbólico, en esos días, valía más que lo tangible.

Más tarde, caminó hasta la biblioteca del barrio. No había ido desde que él partió. El mismo hombre de siempre la recibió con una sonrisa tibia. No preguntó nada. Solo le entregó un ejemplar de Rilke y otro de Carson. Clara los tomó como quien recibe cartas secretas.

Volvió a casa con una ligereza extraña. Como si el cuerpo reconociera que algo, por dentro, se estaba ordenando de nuevo.

Se detuvo frente al espejo del pasillo. Se miró sin juicio. Las canas suaves en las sienes, las líneas nuevas cerca de los ojos, la forma en que su cuello reflejaba el paso del tiempo. Sonrió. No con nostalgia, sino con una aceptación dulce.

Y entonces, por primera vez en semanas, encendió la radio. No buscó una estación. Dejó que la música flotara. Era una canción antigua, de esas que no sabes que recuerdas hasta que la escuchas. La dejó sonar mientras preparaba té. Y luego bailó. Sola. Despacio. Sin pasos definidos. Solo moviendo el cuerpo como si entendiera un idioma que había olvidado.

En ese momento, Clara no pensaba en él. Ni en la

ausencia. Ni en la tristeza. Solo estaba allí. Presente.  
Respirando. Y eso ya era una forma de amor.

El invierno llegó sin ruido. Las ramas del árbol del patio, ahora desnudas, dibujaban siluetas contra las paredes. Clara ya no le temía al frío. Había aprendido a reconocerlo como otra forma de la vida, esa que se repliega un poco para fortalecerse.

Una mañana, muy temprano, despertó con una claridad inusual. No había soñado con él. No lo necesitaba. Se levantó, abrió las ventanas y dejó que el aire helado entrara. Encendió la cafetera y mientras el aroma llenaba la casa, colocó en la repisa la libreta donde había escrito durante meses.

No la volvió a leer. No hacía falta. Esas páginas eran un mapa de su propia reconstrucción. Sabía que estaban ahí, como testimonio de que era posible seguir respirando incluso cuando el alma cruje.

Decidió visitar el lago. Aquel al que fueron juntos una sola vez, cuando eran jóvenes y aún no sabían lo que iban a perder. Caminó sin prisa. El sendero era largo y el silencio, profundo. No le dolía. Se sentía acompañada.

Al llegar, se sentó en una banca frente al agua. El viento peinaba las olas pequeñas, y los árboles se mecían como si recordaran viejas canciones. Clara cerró los ojos. No pensó en nada. Solo escuchó.

Después de un rato, sacó una hoja de papel.  
Escribió en ella con una caligrafía pausada:

“Gracias